

SOPLOS DE INDOCHINA Y BIRMANIA

— EBEL BARAT





A la vuelta de un viaje como al final de una novela, las palabras introductorias a lo que ya se ha escrito suelen presentarse más claras y seguras que al inicio.

Porque, al comenzar, no podemos prever qué hará uno u otra con nosotros y qué harán de sí mismos dictando nuestros pasos o nuestra "pluma".

Pensé, mientras iba cuajando el itinerario y a medida que sus imágenes se iban sucediendo, que todo lo que registrara rondaría los tres baluartes de la ilusión republicana: "Libertad, Igualdad, Fraternidad". Y se verá más adelante que, de alguna manera, es así.

Acompañando a esa estrella, sin embargo, no ha dejado de azuzarme una inquietud: el porqué del deseo de los viajeros por visitar estos lugares. ¿Qué es lo que buscamos quienes venimos de lejos en estas tierras donde la miseria flagrante contamina casi todo?



He reflexionado –se verá también– sobre la observación de lo abyecto como la posible necesidad de una pretendida aristocracia. O de una aristocracia pretendida.

Ahí, a esa gente le sucede lo que nunca nos sucederá a nosotros, podría decirle un padre a su hijo que va a la escuela paga.

Anoche, me ha interesado el rostro espléndido, arrobado, de una señora, que como nosotros, cenaba en la terraza de la torre que nos aloja. Ella y su marido, los dos de edad, bebían una cerveza de aperitivo. Al igual que nosotros, insisto. Todos encaramados en esa atalaya que permitía la suave contemplación del relumbre nocturno y dorado de los templos –entre ellos Schwebagon– y del pequeño lago del centro de Rangún. A distancia, claro.

Observando el fluvial crucero amarrado graciosamente a orillas de los detritus en el Irrawadhy de Mandalay, hace unos días, ya había pensado que la seguridad de estar lo suficientemente aislados de lo que sucede ahí, a esa gente; de lo infame, le permitía a los pasajeros disfrutar, de alguna manera, el triste contrapunto.

¿Y nosotros?

¿Entonces por qué venimos? ¿Es, también, para regodearnos frente a esos innumerables abandonados a una suerte que nadie querría?

Hemos venido a saber, ha dicho Martín. Y a comprobar la vastedad del mundo, –agrego tentado a completar su pensamiento– su interminable riqueza y su inagotable pobreza.

De nuevo hemos venido por la dicha de saber y constatar. Y por las ilusiones que predicán los poetas de la geografía y las culturas. Entre ellos el gran Neruda.

Ayer leyendo Respiración Artificial de Piglia, encontré una reflexión que va en línea con lo que hablábamos con mi amigo respecto del deseo de viajar a lugares donde las asperezas, por la falta de medios, pueden ser cotidianas. Transcribo lo que dice el personaje Tardewski refiriéndose al término *ostranenie* como símbolo de lo que debe ser la literatura según buena parte de la vanguardia rusa: “Pero retomando lo que le decía, esa forma de mirar afuera, a distancia, en otro lugar y poder ver así la realidad más allá del velo de los hábitos y las costumbres. Paradójicamente es al mismo tiempo la mirada del turista, pero, también, en última instancia la mirada del filósofo.”

Tal vez hemos venido aquí, a la tierra que se llamó Indochina, a la tierra que se llamó Birmania porque las palabras hacen mundos. Rangún, Mandalay, Phnom Penh, Angkor, Irrawadhy, Jossie Bliss. Y porque las almas, que son rostros, y las historias, que son vida, nos siguen convocando.

Hemos venido –Buda sabrá comprenderlo– por seguir ilusionados. Por la dicha que permiten los descubrimientos y las confirmaciones.

Vaya lo que sigue como otro testimonio de la pequeñez y la profundidad humanas.

Aguafuerte romano.

Comprobar que algo está como se imaginaba nos da la tranquilidad de la referencia segura, de lo familiar. Y el tren que lleva desde Fiumicino hasta Roma Termini es una de esas seguridades que calman la ansiedad, siempre vigente, del viajero.

El hombre que vende los boletos no presta atención al estadounidense que quiere comprar uno y que –molesto, pero sin convicción– está delante de mí.

Conversa tranquilamente con otro hombre que está dentro de su taquilla mientras da la espalda a la

garita donde esperamos el turista recién llegado y nosotros.

El otro hombre sale por una puerta lateral.

Vamos ya, le dice al estadounidense para que lo siga y, así, llevarlo al centro en autobús, exactamente hacia su hotel.

El hombre que vende los boletos de tren –lo vemos estacionado y esperando en la plataforma- nos aconseja: el boleto de tren cuesta catorce euros, el de autobús apenas tres euros más, ¿saben dónde está su hotel?, el autobús los deja directamente en su hotel.

No, gracias, queremos ir en tren.

El gesto equidista entre el fastidio y la buena disposición. Pero el hotel puede estar lejos de la estación y tendrán que tomar un taxi.

Sabemos que no. Termini –aunque de cuidado- es también una de las entrañables referencias y nuestro hotel no está nada lejos de allí.

Pero ¿cómo?, el pasaje en autobús cuesta apenas tres euros más y va justo hasta la puerta del hotel, insiste resignado.

Nos preguntamos cómo se repartirán esos tres euros –o algo así diría Rolando Hanglin- entre el celoso ferroviario y su amigo de los autobuses.

A veces, Italia parece una viejita. Vista con buenos ojos, puede ser muy simpática.

Roma, minutos después, nos vuelve a confirmar que éste es el país de los rincones, de las grandes proezas artísticas y del ingenio natural para saber qué es bello y qué no lo es tanto. También es un país que hace burla y trae dolores viejos.

Y a la noche, claro, vamos, otra vez, a Carlo Mentá. Bien para turistas y locales. Es La Marina de Roma –valga la comparación de este rosarino-. Cosas de hombres a los que ya le han entrado años y a quienes ya sabemos qué les representan los rituales.





¿Qué pasa ahí fuera?

Escribió Gabo: "Bangkok, la horrible" en aquellas *Notas de Prensa* que debo haber disfrutado hace como treinta años, *días más, días menos*, diría el pobre Felipe Franetovich que, por cierto, no se mató alegre ni sabio pero que, a pesar de eso, nos dejó, con su muletilla, una alegría con regusto amargo.

No creo que sea horrible.

Es... asombrosa. Desde la última vez, hace unos quince ha vuelto a cambiar.

No, corrijo, a mutar en una megalópolis donde los edificios híbridos y opulentos como las frutas en las verdulerías se conectan con la red prepotente de autopistas, puentes, ferrocarriles y, ¿por qué no?, de aeropuertos donde, al modo de China, todo quiere ser gigante.

Y por allí debajo, agazapada como si tuviera vergüenza de deslucir lo que pasa a su alrededor, la menuda pobreza, contaminada y vital en los pescados polvorientos que exasperan las aguas de los canales en busca de comida.

Es como me contaba, hace unos días, un contrastado amigo que alterna su tiempo entre nuestro Esquel y su Shangai: allí, detrás de las luminarias y los cementos desmesurados, se filtra lo pequeño, la voz escasa y única. La voz hermana de la miseria, del acto nimio, de la roña vieja, en fin, de tanto que ha hecho, hasta ahora, esta gente

Y *esta gente* ha de tener que adaptarse al cambio con la misma velocidad con que *progres*a.

En verdad que lo hace.

Oriente viró al patrón americano, dijo, ayer tarde, Martín.

Y sí. Oriente se mueve. Empezó desperezándose y, ahora, parece haber entrado en calor. Trae toda esa energía, esa deuda amontonada: la pobreza de quinientos o mil años.

Oriente se pregunta y se pregunta ¿qué pasa ahí fuera?

Y hace lo que puede.

La pobreza sigue estando pero hoy nadie -o casi nadie- nos pidió limosna.

Los taxis, refulgentes y copiosos, van con tarifas fijas y taxímetros.

Los tuc-tuc se van perdiendo como cada tarde en la nostalgia.

Y en el aeropuerto no hemos visto operarios-displícites-con-amigo armando algún negocio.

Eso sí... de rincones, de históricas bellezas, de lasañas y esculturas, ni hablar.

Vuelvo a pensar en Roma, con su luz y sus paredes. Vuelvo a recordar a Gabo.

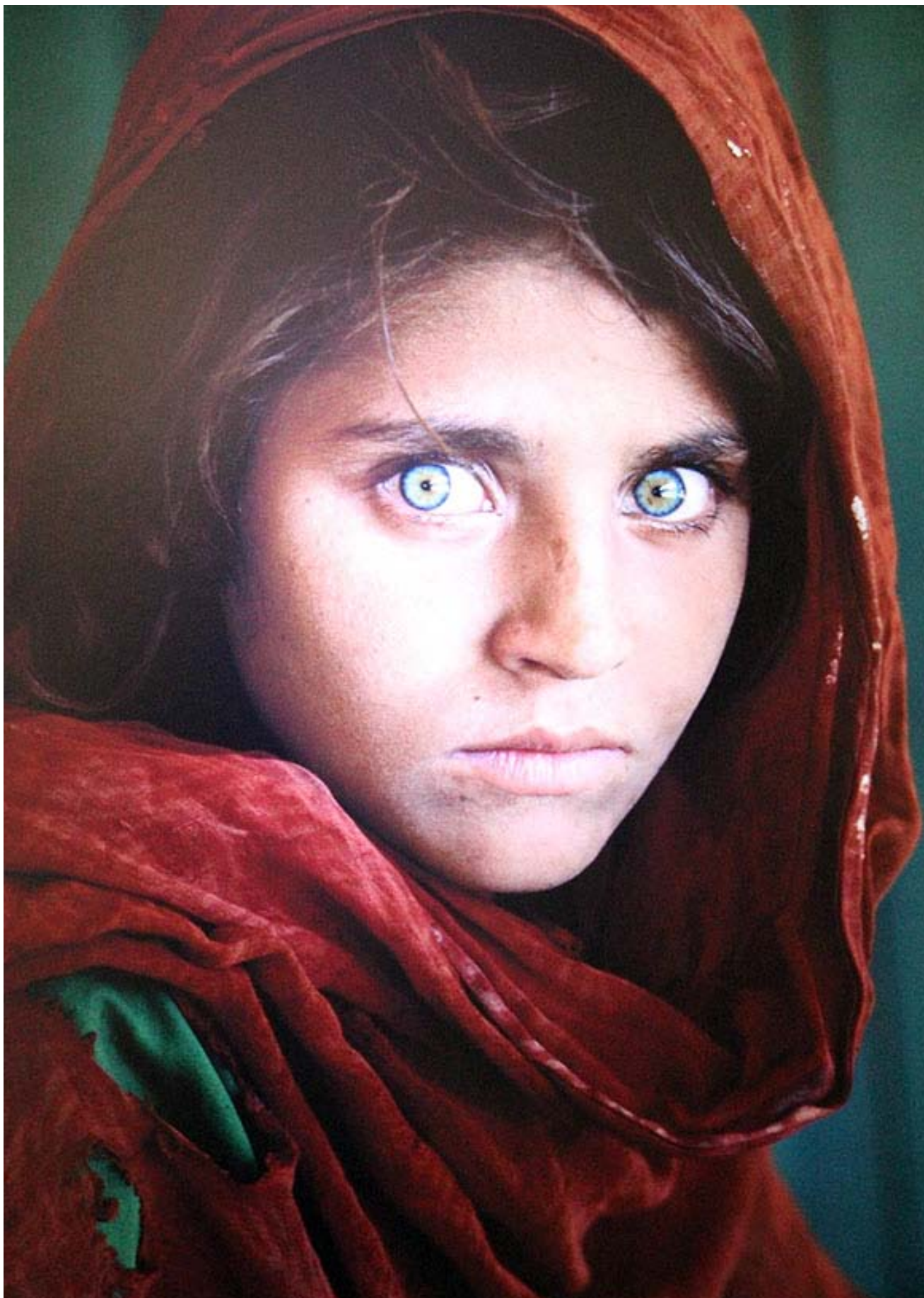




En la "casa de Lucie", donde se rinde honor a la bendita elocuencia de las fotos vemos la exposición de Steve Mac Curry y, otra vez, nos conmueve la imagen de la refugiada de los ojos que tiemblan para siempre en su grito mudo.

Y otras como ésta luminosas y dramáticas.







El hombre de migraciones de Siem Reap tiró mi visa al suelo y le adjuntó un papelito a mi pasaporte. Casi como en Vietnam, hace tantos años. Aquí entrás hasta con un tanque de guerra si les decís que es un equipo de audio, acota Martín.

Fácil, en definitiva.

Va la avenida con sus árboles a la vera y con su río. Van los tuc-tuc con sus carritos decorados. Se meten todos campo adentro, por esa selva abierta y seca –no es tiempo de monzones-, por esas vacas flacas, por esas aguas verdes y esos muros densos que van a hacer los templos de AngkorWat y AngkorThom, dentro de un rato.

Tal vez Saigón -permítaseme soltar el nombre como pequeñísimo testimonio de mis ganas de que no se pierda-. Tal vez Antananarivo.

Tal vez, el modo que eligieron los franceses para sus colonias. O el que los eligió a ellos.

Indochina -permítaseme también- se va por las avenidas exhibiendo sus estrecheces y esa voluptuosidad que la hace más amable. Que la hace, digamos.







Vemos, en el budista templo de Bayon, innumerables rostros nobles y sosegados. Imagino ese homenaje a la posible trascendencia de lo humano, ese festejo de ser... así.

Imagino también el apogeo de esas estructuras, la piedra espléndida, las riquezas.

Y recuerdo los templos del Islam donde todo es geométrico, donde no debe haber figura humana.

No parece posible cuando hasta el paisaje es una extensión del que lo mira.

Los barrios privados siempre existieron, dice Martín mirando la murallas de AngkorThom







Y en Ta Prom es posible ver cómo esos árboles se fagocitan los muros. Se llaman spungs. O tetrameles, según Wikipedia.

¿Por qué capricho se empeñan sobre los nobles muros y las viejas ventanas con sus zarpas constrictoras?

¿Van, tal vez, tras la monstruosa belleza del ahogo?



Practico la fonética de la palabra Kmehr frente al hombre que me mira inexpresivo. Supongo que echa mano de la compasión budista y de la infinita paciencia que significa el negocio del turismo. No practico el timbre de voz que usa la lengua local. Me parece que sería una regresión al idioma de los gallináceos. Ellos no van a estar de acuerdo. Y tendrán sus razones.

Indo...CHINA...a la noche refulgen las luces y el estruendo.

Siem Reap no es un nombre fácil como lo es estar ahí donde se agolparon los muros curvos y pesados, y las estatuas de la cultura Khmer que parece haberse mantenido encubierta por el bosque sombrío.

El puerto es mínimo y unas cuantas dignas mujeres tratan de vendernos lo poco que hay: agua, café frío en latas, alguna galletita y pan. Dicen que el viaje es largo y que no hay paradas.





No hay paradas y es largo, sobre todo cuando nos montamos en el techo del estirado lanchón que viajó tan rápido por las anchas aguas del Tomle Sap. Anchas y nerviosas como para que nos hicieran bajar a la pobre cabina que iba la altura de las olas grandes.

Salimos ahora que acaba de meterse en los ríos más estrechos donde pasan los camalotes sin saludar. Los que saludan son los exiguos pescadores que andan aquí y allá con sus exiguas embarcaciones y sus exiguas redes que se sostienen de exiguos aerosoles viejos puestos a trabajar como boyas.

Y también parecen saludarnos las casetas que andan sobre zancos acechando para cuando lleguen los monzones y el agua se le acerque a los ijares.

Esa gente pasa el día sobre el agua y meciéndose. De la mañana a la noche y de las noches a los cielos. Y saluda a este grupo de guiris que va montado en una larga lancha, vetusta y poderosa, que no hace más que echarle olas. Saluda a esos seres gordos, grandotes y blancos que han visto cosas extraordinarias.

No como ellos.

Libertad, Fraternidad, Igualdad. Las divisas de la divisa tricolor de los franceses. A esta altura parece un acto de fe.

Y es eso, sospecho. Para sostener el credo tricolor -al cual adhiero- no se deberá justificar la inequidad del mundo porque ese grupo de desarrapados mínimos y pescadores sean capaces de sonreír y sonreírnos por romper la letanía del agua que, cuando nos vamos, vuelve a parecer aceite.

Un acto de fe, repito.

Libertad, Fraternidad, Igualdad. No se deberá justificar al mundo.









Llegamos después del sol y de las no-paradas, cruzando el arco del puente doble, a Phnom Penh. Puerto exiguo también el de ella, pero no tanto.

El tuc-tuc da una pequeña vuelta en círculo para justificar los 5 dólares (el hotel quedaba demasiado cerca). Dólares o la moneda de aquí. Da lo mismo. Las dos circulan por igual como en el Ecuador que vimos en otro viaje y que sigue igual...en ese aspecto. Me acabo de enterar que Correa fue elegido como el mejor presidente del mundo por la Naciones Unidas.

En la ciudad se alterna la mugre y la miseria con cierto gusto por vivir, tan propio de estas tierras. Y en el Museo Nacional, que es más modesto que los templos budistas, vemos las esculturas y confirmamos que los Khmer compusieron una raza singular y profunda. Basta con esas estatuas y los modos que les dio el período en el que les tocó ser erigidas.





Libertad, Fraternidad e Igualdad. Vuelvo a nombrar a las coloridas hermanas de la concordia y la democracia para saber –a pesar de tantas dudas- que ése sigue siendo el único proyecto capaz de hacerlas posibles. A los votos me refiero.

En el museo del genocidio del Khmer rojo (Khmer rouge) da miedo lo que puede hacer el poder sin el control de todas las voluntades que componen una nación, aunque, quizás, haya cristalizado de la mano de las buenas intenciones.

Pasó con tantos militares, con tantos dictadores y con estos hombres de ideas igualadoras que terminaron triturando un país y la última dignidad de las personas que murieron bajo las más atroces torturas.

Definitivamente duro. Aunque distante, no por el tiempo que va pasando, ni porque le haya ocurrido a esta nación lejana. Sino por la protección que parece darnos la incredulidad. Cosas del alma para no hacerse cargo de lo que puede contener.

Libertad, Fraternidad, Igualdad.

Parece que Camboya se levanta bajo un reinado como hace poco vimos en Thailandia. La imagen es la de un viejito benigno que tiene los mejores sentimientos y que vive en un palacio cerrado donde todo quiere ser opulento e intocable, aunque no lo logre.

Lo cierto es que pocos mendigan y en las mugrientas y míseras calles se ven más motos que ratas.





Las calles parecen haberse olvidado de los peatones. Los locales ya no caminan. Van en moto. Además las veredas se dedican a otra cosa. Caminar es una prueba de habilidad reservada a los turistas, es decir nosotros.



¡Qué lindo es el saludo de las palmas juntas, la menuda sonrisa y la menuda inclinación! No deja de gustarme.



Se lo ve en las barrigas, en los párpados, en los cabellos raleados, opacos y revueltos. Se lo ve en eso a lo que, a veces, queremos llamarle aura y que parece resumirse en la voluntad de los ojos.

Se lo ve en ese esfuerzo por sostener la discreción que huye como quiere huir, justamente, la mirada.

Se lo ve en la resignación culposa de hacerse viejo y de ese modo (tal vez hay otros).

No hay alegría en el gusto de estos hombres de arrugados bermudas cargo por tener debajo o encima a una piba que trabaja en las orillas del Mekong, de los desechos y de las ratas tristes.

Pero el paisaje se repite: él, mustio, fatigoso y grave, descorazonado ingenio; ella morenita, pequeña, zapato comunitario, cuarenta y cinco años menos, gracia descorazonada.

Y esa incomunicación ajena entre dos seres que se juntan a mucho menos de un metro de distancia.

Mil carencias invertidas. Las dos primeras: juventud y dinero.

Recuerdo "La casa de las bellas durmientes" del doloroso Kawabata. Y vuelvo a imaginar a los ancianos compartiendo el lecho y acechando el sueño y los efluvios de las tiernas muchachitas.

El francés no me mira, el gordo inglés tampoco me miró. El desgreñado pelilargo menos. Apenas me mira la chica de un metro y cuarenta de estatura y de pies encajados en la capellada de los zapatos refulgentes que dejan ver -otra vez- una luz de dos centímetros detrás de sus talones. Camina de punta, literalmente, como los nenes con los zapatos de la madre. Se va con el francés. Subieron hace quince minutos.

Los sudamericanos estamos acostumbrados a que los cambios sucedan paulatinos, sobre todo en cuestión de fronteras. Nuestros pueblos, a uno y otro lado de esas líneas que nadie vio nunca, suelen parecerse. Y aquél que piense lo contrario tendrá que compararlo con lo que ocurre en otras geografías. Baste la vieja Europa que en pocos kilómetros junta y separa a alemanes, franceses, italianos, suizos, austriacos.

Laos se parece poco a Camboya. Y está tan cerca...

Por aquí las fronteras, es decir, los hombres de las fronteras se preocupan seriamente por mantenerse bien separados, casi estancos, Y, si fuera necesario, al precio de un buen número de muertes.

Ni los tuc-tuc, ni los autos, ni los modos se parecen.

En Vientián la gente frecuenta la limpieza.

Y el silencio.

Todos siguen saludando con *namaste*.





¿Lo que me aleja de Buda es el budismo?

¿O es el mantra del calor y la pobreza?

¿Institución y dogma

se parecen tanto aún después de los aviones?

¿Son también estupas

las metáforas del énfasis?

Che, ¿cuántos templos más vamos a ver?

No sé, pero en Bagan habrá unos mil, estupas más, estupas menos.

Bueno...con mil templos vistos, por ahí, digo yo, viste, podríamos meditar alguna vez.

¿Institución y dogma son corporativos eufemismos?

¿Y la International Taekwondo Federation?





No sé si me retracto.

Veo el Mekong que aquí no se tira de panza como en su delta.

Aquí es tan magro y elegante como las ideas del arroz.

Veo el Mekong y en sus aguas solas se recuesta la pobreza marrón de las embarcaciones.

Una cruza lerda hacia la otra costa. Todo es lerdo...un envión de la quietud.

Ese chalet de enfrente es Tailandia. Y esa palmera, y esa calle.

El bote se va sesgando, y une el río.

¿Quién espera allí?

¿Qué lo espera allí?

¿Hay, quizás, una mujer que aguarda recorriendo el sigilo del amor?

¿Y qué suspenden sus nativos ojos, exactamente ahora?

¿Es, de verdad, otro país?

El sol amarillo y la bruma bañan por igual las costas y los perfiles. Y el silencio amarillento se posa como la humedad: parejo, extendido.

Mañana sonará el mismo tambor caluroso

Para todos igual.

O casi.





Es la segunda o la tercera.

Está allí, al borde de la ruta erizada de polvo y piedra. Allí donde se entrecruzan los chicos que parecen tener, todos, la misma edad. Algunos están desnudos, la mayoría no. He podido ver a uno que llevaba un pantalón corto y una remera, de tono rosado ambos. Un grotesco detalle de elegancia.

Ella hace más o menos lo mismo que las otras.

Miro a ese grupo de nenes y nenas ayudándose a bañar. Es la higiene del final del día que empieza a repetirse al costado de la ruta ya metida en la montaña. Y que por montañosa, apenas deja lugar para esos oficios que suceden a un metro- tal vez menos- de la mini van en la que vamos.

Hay una femineidad natural, algo que irradia discreto pudor.

El hombre que viaja atrás comienza a comer y el olor de su comida se difunde. Después soltará un perfume parecido al de los desinfectantes o al de los limpiadores de sanitarios. Se me ocurre que así es la trementina. Se esfuerza en eructar. Ya se ha esforzado en producir el sonido de esto está rico-ñam-ñam-mientras masticaba.

Delante, la nena -de unos diez años- que no ha dejado de viajar abrazada a su mamá vomita dentro de una bolsa de polietileno que la madre va a arrojar por la ventana.

En algún momento la mini van se detiene y los hombres salen a orinar por ahí... digamos. Las mujeres -son pocas- permanecen dentro.

Después dos hombres hablan por el móvil. Parece que quisieran hacerse escuchar.

Luego suena lo que aparecerá como un viejo celular en la mano de la madre. Ella apenas va a susurrar y, a pesar de mi esfuerzo, no podré escuchar ninguna, insisto, ninguna de sus palabras. Siguen, madre e hija, juntas y aferradas.

Es la segunda o la tercera.

Tal vez la cuarta. Es esa mujer que, cubierta por una tela liviana y mojada, anudada encima de los pechos, se baña como lo hacen casi todas en estos pueblos que no tienen más que adherirse a los costados de la ruta.

Tal vez la miseria sea directamente proporcional a la altura.

Che, si no hubiéramos hecho este viaje por la tierra habríamos dicho que éste es un país nada pobre.

Sí, viste.

Ella se seguirá bañando tapada por la colorida tela mojada bajo el chorro que apenas miran los viajeros y, menos, los paseantes. ¿Cómo hará para preocuparse por sus hijos o por los otros tantos nenes que caminan a cada lado de la ruta estrecha mientras les pasan los vehículos a un metro, como dije?

¿Seguirá, ella, tras la femenina higiene callejera toda la vida? ¿Qué sabrá de la tricolor que desde hace doscientos y tantos años sigue proclamando libertad, fraternidad, igualdad?

El chofer trata de ser veloz y se toma el juicioso recaudo de tocar bocina cuando ve los corros de chicos que le prestan la misma atención que al viento.

Con los bichos -hay de todo- no se toma el mismo trabajo.



Kiao. Así se pronuncia. Mide alrededor de un metro treinta. Nos sirve vino. Le pido que sea del argentino. Quiere saber de dónde venimos. Le sonrío señalando la copa. Le ha gustado que le pregunte su nombre y me ha devuelto la pregunta.

Kiao, un pequeño muchacho sonriente entre tanta gente chiquitita.

Como Villa General Belgrano. Como San Martín de los Andes.

Luang Prabang.

Gozan, seguramente, de la delicada arquitectura, del juego de los ríos, y de los árboles en sombra.

Los templos, siempre los templos, son cosas secundarias.











Esta noche vemos Ballet

Las mujeres.

Al grupo de hombres no les queda otra alternativa que representar una historia de secuestro y guerra. Y, a pesar de los elaborados disfraces, nos aburriríamos rápido si no descubriésemos que detrás de ellos está lo mismo que detrás de ellas.

Las mujeres.

Formaditas en tres filas bailan, ahora, su pícara impostura. La primera bailarina dibuja una sonrisa de *"noia de porcelana"*. Inapelable belleza.

Mientras tanto piensa qué es gustar y cómo gustarse ella. Sabe que hace bien ambas cosas.

Los dedos se rebaten hasta la cumbre de lo exquisito. No hasta la crispación, aunque la recuerden.

Ella es la única que llega hasta esos arcos.

Todas hamacan, apenas, su sugerencia, de frente, apenas de perfil y rítmicamente flexionan las piernas para inclinarse un poco.

La sonrisa es una blanda celada, sutilmente explícita y, por eso, más eficaz. Es un gesto que dice: "el amor es una deliciosa trampa que fascina, y que presagia heridas, a eso le sonreímos".

Nada es rotundo porque la danza ocurre hacia afuera del cuerpo, todo parece giño distante, vocación de alzar el placer para que el cuerpo se haga espectro.

Danza como el alma de un pueblo que susurra, con suavísima profundidad.

Me pregunto quién habrá bailado esta pieza en el siglo XIV y a quién habrá seducido. Y cómo habrá sido el amor entre ellos. Es inevitable.

Laos es, tal vez, muy pobre.

Y de elaborada cultura como pasa siempre por aquí.





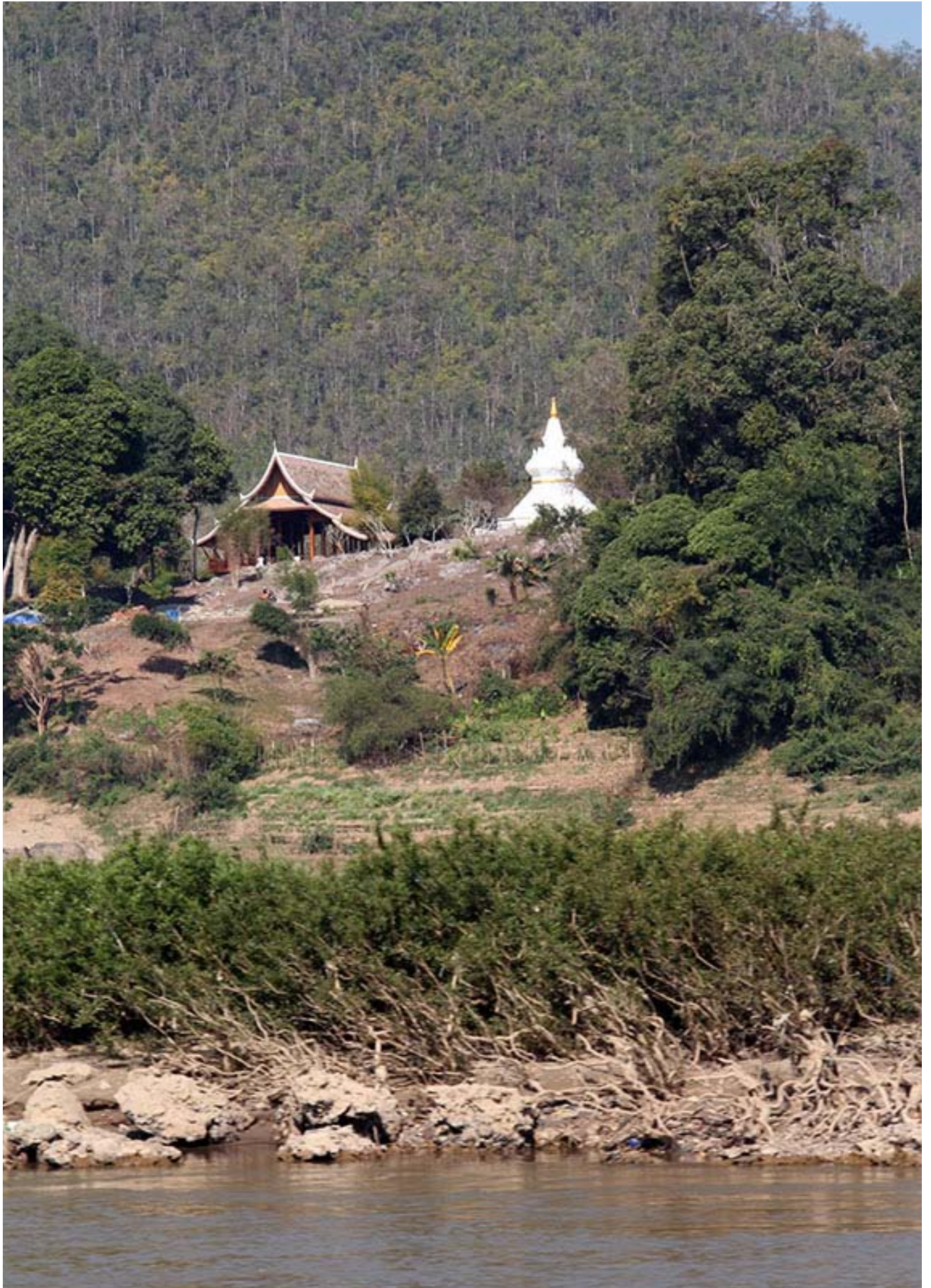
No es el río nocturno donde acecha, ajena, la muerte. No es el que cruzaba aquella amante, casi niña y sin recato. La que murió de novia con el alcohol y tan hermosa como entonces, en París. No es aquel delta enemistado con la tierra.

Éste no es el Mekong del sedimento y las explosiones.

Dicen que en Laos se desplomó un diluvio de bombas.

Pero en Luang Prabang el río se encajona translúcido y sin ropa. Es un río que se baña con la tranquilidad de un joven.





Insisto. Las fronteras se han tomado muy en serio. Y, aunque sean tenues como el aire, han dividido razas, lenguas y pobrezas.

Desde el avión –otra vez andamos por aquí– se ven las autopistas de Bangkok y los vehículos como electrones alineados. Cerca, las casas nuevas de este “tigre” asiático

Y ahora, apenas después de una hora y media, el aeropuerto de Mandalay va quedando atrás. La ruta sin demarcar anda por los campos, solitaria, rural, casi hosca. Mandalay no quiere presentarse.

Tarda en exhibir su tendida ignorancia, su indigencia.

¿Es por eso que se ven alegres? ¿Qué hay aquí que ya he visto en los hindúes?

Las pagodas se despliegan del otro lado del Irrawadhy –**del chileno y de ella ya hablaremos-**

En Sagaing. Doradas. Gentiles.

Es allí donde eluden la pobreza. Y en las casas de los reyes. Culto y aristocracia, una historia conocida.











¿Por qué se pintan los rostros de color crema?

¿Para parecer más blancas?

¿Son, así, más bellas?

Hay niños y hay hombres que también se pintan.

Se llama tanaka y los obtienen raspando la madera de un árbol. Dicen que es para protegerse del sol. Hum...





Los rostros del oriente cambian tanto como los occidentales.
Sí, una obviedad de Perogrullo.
¿Viste? Empezás a saber cuáles son más feos o más lindos.



Ella me vende una carbonilla. Un retrato, digo.

Espero un poco para insistir con la pregunta: ¿es verdad que los dibuja tu padre?

Los dibuja mi papá, vuelve a responderme con un dejo de rabia.

Decile que es un gran artista - me corrijo-.

Y usted ha hecho un buen negocio.

Le creo y me voy contento con el retrato. Lástima que sea de hombre.

Ah!, sabemos que es linda, ¿no es verdad?



En las cercanías de los aeropuertos, en los mercados y en las casas desde la altura, los países vanpre-
gonando su carácter.

Junto a la estación de ferrocarril lo abyecto de la miseria. La adaptabilidad del ser humano. La desigual-
dad pavorosa.

Libertad, igualdad, fraternidad.

Santana at Mandalay Bay El nombre soplab a un aire exótico. Ahora será una ciudad lejana, de toda lejanía. Y de frecuentada sonrisa.

A orillas del Irrawadhy flota un barco ventrudo de varios pisos con puertas ventana y balcones.

Sobre la barranca el hombre lleva una impecable chaqueta blanca con una credencial que registra su cargo. No es alto y es rubio de mediana edad. El abdomen parece demostrar que las tardes de whisky no le son, del todo, ajenas. Le preguntamos si ese barco va hasta Bagan. Dice que pasa por ahí y que sigue río abajo, casi hasta Rangún.

Nos explica que si queremos un pasaje a Bagan en ferry debemos caminar unos doscientos metros. Parece creer menos en su explicación que en su modo de hacerla. Imagino que me alecciona: "observe que las maneras lo son todo, que el mensaje, en sí, importa poco".

Pienso en la colonia y en los ingleses.

Insisto, luce impecable bajo el tizne y las mugres desperdigadas.

Es el capitán de ese barco que lleva aristocráticos turistas. Ellos bajan a ver los monumentos y los lugares que el mundo flotador les devuelve tamizados.

¿Es aristocrático, tal vez, el morbo? ¿O los gustos de la aristocracia han de ser, eventualmente, morbosos?

Allí, detrás del agua, los ojos brillan cerca de los terrenos de la muerte, piensa alguien, fumando, apoyado en el barandal.

El hombre debajo de la reluciente chaqueta blanca de capitán luce un longyi, también impecable.

Soy inglés, me quiere decir ahora, pero de Birmania.





Bagan

La vendedora del Ananda Temple regatea con Martín. Vamos a llevarnos unas paneras de alguna fibra vegetal, tal vez de palma. O de bambú.

Da muchas vueltas porque le cuesta comprender la conversión a dólares. Finalmente acepta.

Son 22 dólares.

Se los alcanzo. Me devuelve algún billete que le parece en malas condiciones. Se lo cambio y me voy.

Enseguida me tocan en la espalda. Es ella. Me devuelve el billete de cincuenta que confundí con el de veinte. Vuelvo a cambiarle el dinero. Y la miro largamente agradecido. ¿Lo merece?

Yo afirmo que sí.

No porque se levanten entre la maleza, tras el polvo que ha expulsado a los monzones,

no porque el ladrillo visto las vuelva opacas y un poco abandonadas,

no porque sean multitud,

no porque la mañana de omnipresente bruma les disuelva los perfiles y las nimbe de misterio,

no porque algunos Budas permanezcan olvidados y a la espera,

las pagodas de Bagan no sugieren lo grandioso, los afanes de la historia, la tenacidad del pueblo por acercarse a lo divino.

“Pasan las pagodas. Unas detrás de otras las pagodas de techos donde se apilaron gigantescas gotas de crema de oro, coronadas por su falo hierático”

Si la a la frase le debiera corresponder un lugar cierto, por cierto que es éste





Así hacemos el aceite de maní.

Aquí vivimos.

Éstas son nuestra mercancía y nuestras atracciones.





Doy clase de inglés en la escuela, ahí enfrente. Y me parece que te odio un poco.



En el lago Inle los pescadores nos muestran su costado danzarín y femenino.



¿Cómo es vivir donde lo seco es mito?

¿Percibirá esta gente

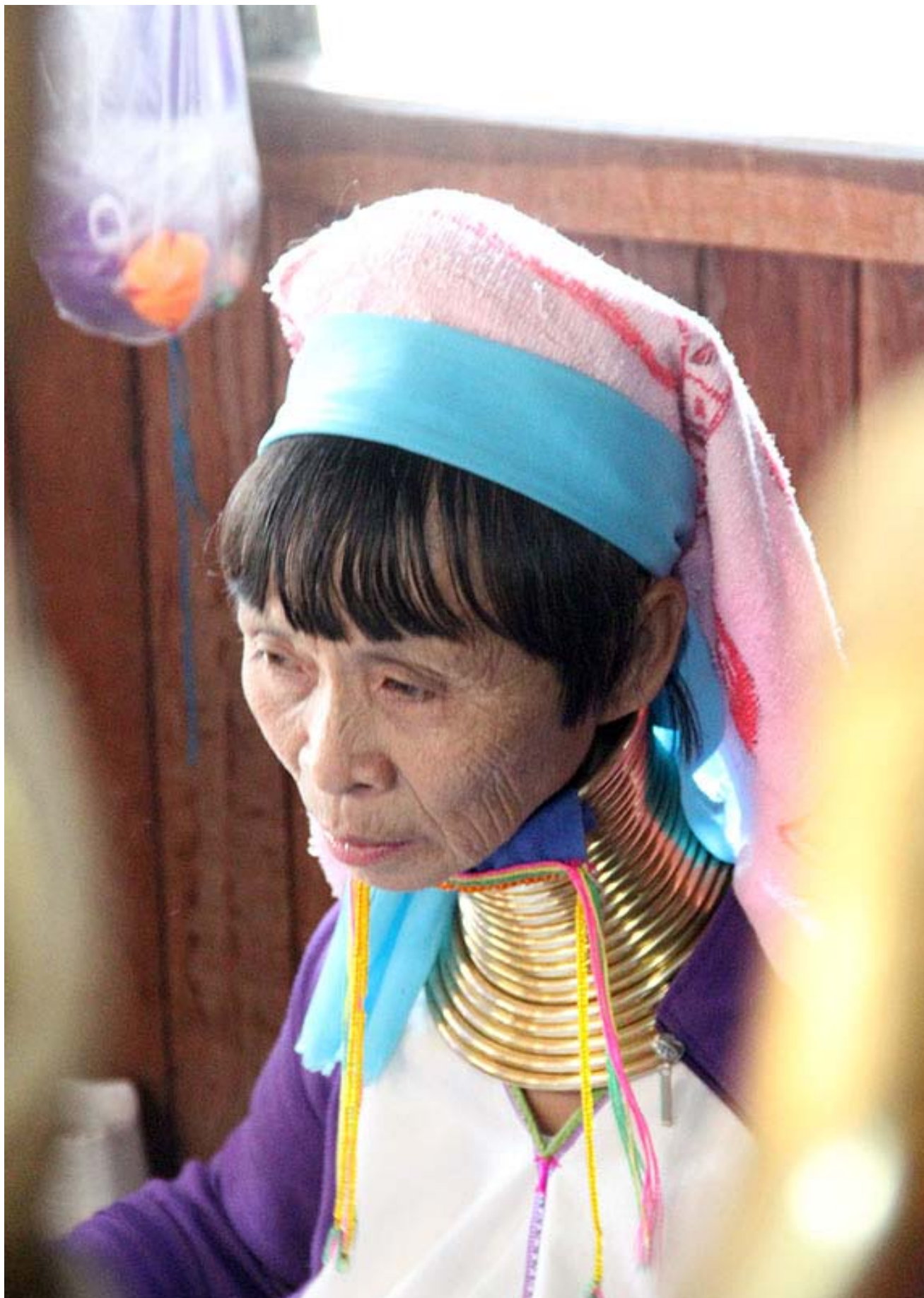
la sequedad como un demonio?





Y ¿en qué piensan las mujeres mientras les sacamos nuestras fotos?
¿Qué opinión tendrán acerca del hastío?





Los edificios de los chinos vacilan gordos y linfáticos entre tanta ala desflecada.

Los tabiques de bambú no comprenden las desmesuras del concreto y se miran con ojos azorados.



No sé si *"de lejos se ve más claro"*. Tiendo a pensar que así es.

Lo cierto es que de lejos se ve lo frágil de la vida que se afana en cada día respaldándose en el espejismo de seguridad que da el ritual del orden.

De lejos, tanto como los trabajos de las vísceras, la valija parece valer millones. Aunque cargue ropa vieja.

Aeropuerto Heho.

Ni número de asiento, ni tableros. Un muchacho y una muchacha con su cartelito nos dicen cuándo y nos conducen hasta el avión. El equipaje llega a las bodegas con tracción a sangre humana.

Vicki Baum, aquella de la colección de mis padres...Títulos como *"Amor y muerte en Bali"*. *"Shanghai Hotel"*. Con ella aprendía lo que son los rickshaw, los coolies y el valor de una escudilla de arroz.

Rangún.

Para mí el nombre estará fatalmente asociado a Pablo Neruda. Aquí se afanó el poeta cada día. Pero no apoyándose en el ritual del orden. Sino echado sobre las muchachas brillosas de la noche y hamacándose.

se en las volutas del opio. Aquí estuvo con 24 años y con Hinojosa, su amigo, tomando té en los tugurios que los, peligrosamente bobos, victorianos le hubieran prohibido. Aquí le retiraron el saludo los ingleses por sus costumbres libertinas de muchacho desesperado por saber.

Y, él, chileno hambriento de aventura y de prestigio, se dedicó a odiarlos.

Chileno muerto de hambre, por saber. Aunque ya lo "traía sabido" sin darse cuenta. Apenas llegado se impresionó con el descomunal Shwebagon y su torre de oro. Se impresionó del "violento" colorido de la gente. Y decidió que Irrawadhy es el mejor nombre de los ríos.

Aquí afrontó el pasmo de su amor por la pantera birmana, JossieBliss, la feroz, la celosa, la que había que atreverse a tener. A él le valió el "*Tango del viudo*" y los "*Amores I Y II*". Y ella se quedó en los labios de la memoria.

De él y de ella, entonces, hablo ahora,

Aquí, en las dentaduras corrompidas de betel confirmo, yo, la talla astronómica del escupitajo y la pobreza.

En el club comemos unas papas fritas. Es un salón antiguo junto al puerto. Por aquí, seguro, pasó Neruda, dice Martín.

La estación de trenes y la aduana habrán reinado en el tiempo de la colonia. Y se resisten a perder su aire exótico y victoriano.

¿Cómo habrán soportado la plaga del sofoco aquellos hombres y mujeres que vinieron a enriquecerse y enriquecer la isla lejana, brumosa y verde?

¿Qué habrá hecho en cada uno el trabajo de la fiebre y la disentería?

Aunque hablaran del chileno descarriado es difícil imaginar semejante aburrimiento en el exclusivo club inglés. Orwell lo sabía bien.









Sé, creo saber, que no fue ésta. Pero podría haber sido. Me inclino por Hong Kong. Pero la escena de la calle me recuerda a la de Bladerunners en la que andan los peatones bajo la llovizna interminable, la oscuridad, los gigantes elevados y las naves voladoras. Como pequeños seres olvidados. Un poco así parece caminar la gente a la sombra de las autopistas, los puentes, y las torres florecidas.

Ah...vuelvo a hablar de Bangkok. Y refloto la idea del poder de las fronteras en estas tierras. ¡Qué lejos está de las otras colegas que acabamos de visitar!

Ah...el rey no sólo recuperó para la agricultura las tierras ácidas, sino que también, además de llenar de bendiciones a su pueblo, ha hecho llover en las regiones secas y le ha permitido a la madre tierra recuperar los bosques.

Lo dicen todo el tiempo los televisores del aeropuerto –lo hizo también él, al aeropuerto gigantesco-. Es por eso que ha sido considerado como el mejor rey del mundo este padre, también gigantesco, del feliz pueblo tailandés.



Referencias....para nuestro cansancio comienzan a ser necesarias. Y parece haber llegado la hora de volver al sanatorio del jet-lag y del fried rice. Nos vamos para Roma.

Habrá un cambio abrupto. Pasaremos de los rascacielos y la multitud a los edificios veteranos y al tallado de la historia.

Volveremos a ver el Moisés de Miguel Angel que juega a ser eterno. Y le preguntaré a Martín qué significaría semejante trascendencia para el malhumorado florentino.

El caso es que volvemos a Roma. Suficiente con la cerveza y el arroz, tan sagrados como la soja.

Vayamos al reino der la pasta, la scamorza y el vino corredizo.

Y de la tarde clásica y bella desde Villa Borghese.

Y después de dos días de “descanso” retornamos a esa que queremos y que lleva uno de los nombres más hermosos: “La Argentina”, refulgente, también...y casi de estancia.

Argentina, a la que sabemos un poco más por haber estado lejos.

